

SERMÓN

DE LOS

DOLORES GLORIOSOS DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

PREDICADO

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE SAN JOSÉ,

DE LA CIUDAD DE GRANADA,

en la tercera Dominica después de Pascua del año de 1863.



Ecce Mater tua.
He ahí á tu Madre.
JOAN., XIX, 26.

EXCMO. Y RMO. SEÑOR (1):

LA realidad de un Dios Personal, Unico verdadero, Creador y Conservador del universo, es el más glorioso timbre, el más admirable sello de la grandeza humana; y ese Señor de todas las potestades complacióse en comunicarnos de algún modo las perfecciones de sus divinos Atributos y los resortes de sus ocultos misterios, que son nuestra consolación y nuestra dicha, el faro radiante y salvador que alumbrá nuestros pasos en el obscuro y triste camino de la peregrinación sobre la tierra.

Sí, hermanos míos: un Hacedor Supremo que se digna iniciar al hombre en los secretos de su Amor y en los fines de su Providencia, colocándolo en medio de una naturaleza magnífica, como

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Salvador María José de Reyes, Arzobispo de aquella Diócesis.

su dominador y soberano; ese Hacedor, repito, es el Entendimiento Substancial y Absoluto, reflejándose sobre la humana inteligencia; es el Amor Eterno que fecundiza la vida, que calma todo dolor y purifica todo gozo; es el ideal acabado de la razón y del alma; es el fin último de nuestro destino y la recompensa perdurable de los corazones rectos. ¡Ah, Señores! La filosofía moderna, que intenta cortar toda relación y todo vínculo entre el Creador y la criatura, que parece recrearse en la odiosa tarea de empequeñecer y rebajar al hombre, como si fuese un átomo, y no un rey, entre la grandiosidad de los mundos, sobre ser soberbia y absurda, merece, por su desdén hacia el origen de nuestra vida, por su menosprecio á la alteza del alma, toda nuestra indignación y todos los anatemas.

Pero si todo da muy claro testimonio de la Omnipotencia del Señor y de la dignidad sublime con que le plugo enaltecer al ser humano, confiéndole el cetro de la naturaleza visible, é infundiéndole en él la libertad más cumplida (porque sin la libertad no era rey), todo da testimonio igualmente de que el hombre, abusando de su libre albedrío, privóse, por su voluntaria culpa, de lo más noble y rico de sus privilegios, perturbó las armonías del mundo moral y hasta del mundo físico, y llenó las páginas de la historia de rebeliones y de lágrimas. ¡Oh, Señor y Dios mío! exclamaré con San Agustín: ¿por qué misterios de

tu Sabiduría, por qué maravillas de tu Divina Esencia y de tu mano próspera, Tú, que formaste el mundo por tu voluntad tan solo, no has de poder salvar á tu hechura predilecta sin su consentimiento y su concurso?

Dios, sin embargo, en su Misericordia inefable, aunque castigando, para manifestación de su Justicia, la desobediencia del hombre á sus mandatos, no quiso destruir ni abandonar la más bella obra de su poderío y su ternura; y decretó su regeneración bienhechora por la venida de un Salvador Divino que había de revestirse de la humanidad misma para ennoblecerla y restaurarla. Todas las tradiciones de los pueblos antiguos; todas las páginas de una nación singularmente elegida y singularmente ingrata, demostrarán con evidencia el dogma de la Encarnación de un Dios en el seno de una Virgen sin mancha, para rescate y salvación de la humanidad caída; y ante todos los entendimientos humildes, el Dios Increado y Eterno aparecerá más poderoso, más sabio, más pródigo de su amor que en haber formado al hombre á su semejanza é imagen, en la obra mil veces adorable y mil veces bendita de la Redención del mundo por Nuestro Señor Jesucristo. Es decir, Señor Excelentísimo, que cuando el incrédulo niega la existencia de un Dios creador y su acción continua en la vida, ha negado la naturaleza; y cuando niega la Redención por el sacrificio de un Dios-Hombre, ha negado la historia.

Hoy venimos nosotros á hablar de esos arcanos inefables de la Caridad y de la Divinidad de un Verbo Encarnado en la naturaleza humana, considerando esas cosas tan altas en un ser especialmente predestinado y favorecido del Altísimo; en la Mujer privilegiada, escogida entre todas para dar la humanidad á ese Verbo: que si la desobediencia y la instigación fatal de la mujer primera introdujo el pecado en el mundo, justo era que la santidad y la cooperación de una Virgen siempre humilde y siempre pura hiciera reaparecer la virtud y la dicha en las sociedades extraviadas.

Cuando nosotros elevamos la mirada de nuestra fe á la cumbre del Calvario, es ciertamente en Jesús, el Mediador que con su sangre y su holocausto nos redime, donde vemos el centro del dolor y el centro del amor; pero de ese centro adorado descienden mil rayos misteriosos al corazón de María, Madre de Dios y Madre de los hombres. Cuanto hay en Cristo Jesús de absolutamente divino, hay en María de relativamente sobrenatural y fecundo. Si el corazón de una madre buena y amorosa, y el corazón de un hijo tierno y obediente diríase que laten siempre al unísono, entre el corazón del Redentor, por su propia virtud, y el espíritu de la Cooperadora de esa empresa divina, no podían existir otras diferencias, en la realidad del sacrificio, que las diferencias rigurosamente esenciales entre lo relativo y lo absoluto,

entre un Dios infinito y una criatura finita; pero María, la celestial María, ha contribuído, sin duda, á ese feliz rescate de un mundo degradado con todas las facultades de su ser; con las radiantes claridades de su inteligencia, con su voluntad perfectamente libre, con todo su corazón y con toda su alma.

Intentemos, pues, sumergir nuestra mente y nuestro ánimo en el profundo, pero sobrio estudio de esos insondables arcanos; meditemos piadosamente sobre los martirios de María junto á la Cruz de su Hijo, martirios que hoy deben confortarnos mucho más que oprimirnos, porque los hemos de considerar en este día como el más hermoso título de sus prerrogativas y excelencias, y como el más preciado tesoro de nuestra consolación y esperanza; ideas todas que pueden condensarse en la proposición siguiente:

Los Dolores de la Virgen María al pie de la Cruz la constituyen en dulce Madre nuestra:

I. *Por el heroísmo incomparable con que María los sufre.*

II. *Por la gloria sobrehumana con que el cielo los recompensa.*

Implorad antes conmigo, mis amados hermanos, los auxilios del Espíritu Paráclito, saludando á la Madre de Dios con las palabras del Arcángel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

EXCMO. SEÑOR:

LA relación maravillosamente perfecta entre los anuncios del Mesías prometido y la venida del Verbo Encarnado, es un hecho incontable en la historia. Aquellas profecías de Jacob, de Daniel, de Aggeo y de Malaquías, más extensas las unas, más concisas las otras, no sólo son fe y esperanza de las generaciones hebreas, sino que inundan de luz las cronologías antiguas, y los sincronismos rigurosos, la historia exactamente paralela de otros pueblos y de otras religiones. Aquellos pormenores detenidos acerca de la Redención del mundo y de la Pasión del Salvador, consignados en David y en Isaías, cuya prolijidad tan admirable revela, sin duda alguna, el fin providencial con que fueron escritos, y patentizan la obra toda divina de su realización en la plenitud de los tiempos, dan elocuente testimonio de que la promesa del Libertador de las Gentes, y la vida

y el sacrificio de Jesús, son como la aurora y el sol de un mismo día, como el tallo y la flor, como el árbol y el fruto. Si el incrédulo y el impío osaron negar este encadenamiento evidéntísimo y esta verdad sobrehumana, era por el tenaz empeño de no verse humillados en la vanidad de su ciencia y en la soberbia y el odio de su espíritu.

Y esto mismo que decimos de la fe del Mesías y de su aparición sobre la tierra, lo diremos de la Mujer privilegiada que había de acompañar sus pasos en los caminos del Evangelio. Profundizar en el estudio y en la meditación de las figuras, de los emblemas, de los símbolos que anuncian en todas las teogonías á la Virgen Madre, es embeloso de la inteligencia, y es consolación y gracia para los corazones cristianos. De igual manera que en la Antigua Ley los Patriarcas vivieron de la fe en el que había de venir, y los caudillos esperaban de Él sus victorias, y los Profetas recibían de Él sus inspiraciones, así la dulce creencia, la belleza, la poesía de la venida de una Virgen salvadora resplandecen en todos los Imperios y en todas las tradiciones, y más señaladamente en aquellos Libros Sapienciales del Testamento Antiguo, donde se cantaron con inspiración tan delicada sus grandezas y sus prerrogativas, y en aquellos acentos de melancolía profunda que se elevaban al cielo, ó se dirigían al pueblo de Israel durante todas las grandes cautividades.

Y cuando esa criatura incomparable se presen-

ta, por fin, en forma humana y real para cumplir sus destinos, ha podido adivinarse que su patria, su estirpe, su cuna, su retiro y educación en el Templo, su solicitud y ternura en el hogar de Nazareth, su influencia en la vida de Jesús, su misión en el reinado del Evangelio, son signos infalibles de una predestinación altísima. Pero entre todos los portentos de esa elección dichosa, de la augusta y doble maternidad que ha de ejercer María, el misterio más sagrado, el prodigio más conmovedor é imponente es ver cómo fueron realizadas en ese ser celestial las palabras de indecible aflicción, los pensamientos de imponderable amargura del Profeta de las Lamentaciones, y del anciano venerable que, después, en la ceremonia de la Purificación de María, llamaba con cariño á la muerte, por haber contemplado ya sus ojos la luz reveladora de la verdad, y sostenido sus brazos al Salvador glorioso de Israel: y lo que asombra y arrebató aún más que esto, es admirar la cooperación de María á la obra redentora, consintiendo en el sacrificio cruento de su Hijo, sacrificando ella misma su corazón y su alma, colocando sin vacilar el amor de Madre de los hombres sobre el amor de Madre de Jesús, consumando en el Gólgota el holocausto que había de merecerle el dictado de Reina de los mártires; cuadro ciertamente el más bello, el más patético, el más grandioso y fecundo que pudieron mirar las jerarquías de los cielos y las generaciones humanas.

Penetremos, pues, hermanos míos, en el fondo de esos Dolores, cuya piadosa consideración propone en este día la Iglesia á los espíritus religiosos.

La luz que infundió el cielo en los Videntes predilectos de la raza hebrea para predicar y retratar los misterios de la Pasión del Salvador y la misión sobrehumana de la Virgen que había de traerle á la vida, es, respecto de la existencia real de la Virgen de Israel, como la luz indecisa del alba comparada con los resplandores del sol de mediodía. Las visiones de las moradas celestes, los éxtasis sobrenaturales, la lectura de los Sagrados Libros, hicieron vislumbrar á aquella Mujer, única Inmaculada, los grandes arcanos de su existencia y la alteza de su dignidad y de su influjo: la caridad vehemente de su Dios, que ardía en aquel corazón tan cándido y tan tierno, y los anhelos de corresponderle y servirle que movían su ánimo con irresistibles ímpetus, sobrepujaban al celo y al amor de los Serafines que esperan constantemente los mandatos del Altísimo; y el deseo ardiente é incesante de ser siempre la sierva del Señor, de vivir con Jesús de sufrir con Jesús, de redimir con Jesús, consumíala asimismo en la llama del Amor Eterno y de la Misericordia Infinita.

La vida, por tanto, de la Madre de Jesús será la reñida lucha de dos santos amores, pero ambos fuertes, ambos poderosos, ambos inmensos, como el corazón donde se anidan. El ser predestinado para una comunicación tan íntima con el Verbo

de Dios sobre la tierra; la mujer elegida desde la eternidad para dar humano aliento al Mediador Divino, era el alma delicada y tiernísima sobre la cual debían necesariamente reflejarse los rayos de la altura; y dividida esta existencia entera entre dos sentimientos opuestos, el amor materno y el amor de redención, fué continuo su combate, fué sin tregua su martirio. Por su amor á Jesús, María hubiera dado cien vidas; jamás un vínculo más dulce y más estrecho pudo unir dos corazones. Por la salvación del hombre y del mundo, María había consumado todos los sacrificios, porque su ser fué especialmente formado por el Altísimo para los grandes holocaustos: y dos cometas que entre sí chocaran, dos astros que se combatieran, dos hórridas tempestades que cruzaran sus corrientes, serían débil figura de aquel conflicto sobrehumano entre dos afectos sublimes.

Los martirios de María surgen ya con los destellos de su razón clarísima, como brotan y crecen las espinas en el tallo donde florece la rosa. Sin duda que desde la infancia en Nazareth y la permanencia en el templo, los ángeles endulzaron aquellas horas, presentaron aquellas oraciones, reverenciaron aquellas virtudes; pero el corazón y el espíritu, en sus inferiores afectos, no serán nunca insensibles al pesar y al dolor; y María, meditando acerca de los sucesos futuros, siente y sufre sin medida, no obstante sus grandezas y sus consolaciones.

Si recorremos ligeramente la vida de la Virgen María hasta los instantes solemnes de la Pasión de Jesús, ella se muestra á nuestros ojos y á nuestra fantasía como un arco de luz deslumbradora, pero luz rojiza y purpúrea como la sangre y la corona de los que murieron después por Jesucristo. Las inquietudes de Belén, causadas por los furioses de un Rey turbado en su conciencia, que ve por todas partes el fantasma de las víctimas sobre las cuales asentó su trono; aquella huida memorable á la nación de los Faraones, donde á la vez se hallan el peligro probable, la protección invisible, la leyenda conmovedora, la tradición bendita; aquella larga mansión en el suelo que pisó Abraham, enriqueció José, y honraron Moisés y Jeremías, y en el cual, mutilado por los siglos, extiende todavía su ramaje un sicomoro frondoso que dió sombra á la Sagrada Familia, y una risueña fuente deja correr sus aguas, testigos uno y otra de largas privaciones y de indecibles tristezas; aquel penoso regreso por las márgenes de un río que con frecuencia se desborda, por los arenales de un extenso desierto, por las riberas del mar Mediterráneo, por lugares ensangrentados con la guerra, por las laderas del Carmelo, que santificó Elías; aquella vida y aquella estancia de Nazareth, donde la adolescencia de Jesús brilla con toda la llama de la Sabiduría, con toda la ejemplaridad de la obediencia, con toda la ternura de los afectos bíblicos, con todo